

## **Conversaciones sobre Geografía de Colombia, EL DEPARTAMENTO DE CALDAS**

**Por: MANUEL JOSE FORERO**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 4, Volumen XI  
Cuarto Trimestre de 1953*

**E**l Departamento de Caldas está domiciliado en una de las regiones más ásperas y dificultosas del territorio de Colombia. Las partes extremas del Departamento de Caldas le hacen vecino de seis Departamentos colombianos con cuyos pobladores se mantiene en emulación incesante, porque no es un misterio el esfuerzo caldense para superar las contrariedades del medio y para asegurarse en el conjunto del país, una posición eminente. Por todos es sabido que precisamente las arduas circunstancias del ambiente geográfico de Caldas han determinado en sus habitantes aquel espíritu fuerte y vigoroso sin cuya posesión no pueden lograr los conjuntos humanos riqueza bienestar, ni progreso.

Muchas regiones colombianas disponen para la siembra de las semillas, el mantenimiento de los ganados y la edificación de las ciudades, de tierras planas y fértiles, colmadas de recursos fáciles y amables. Numerosos lugares de nuestro país pueden considerarse ricos, inicialmente, puesto que las comunicaciones de aldea a aldea y de ciudad a ciudad multiplican las posibilidades de la industria menor o del comercio dilatado. No ocurre tal cosa en el territorio del Departamento de Caldas. En él todo ha sido difícil, desde la roturación del suelo agrícola hasta la fijación de los cimientos de las casas, y desde el sustento de las crías pecuarias hasta la edificación urgente de las habitaciones domésticas.

Una población modesta y sencilla, amante del sosiego del campo y de la rusticidad propia de los lugares aldeanos ha conseguido en el Departamento de Caldas posibilidades cuantiosas y bienes dignos de sorpresa y admiración. El ciudadano caldense ha querido ser, y lo ha conseguido, el

irreemplazable factor de su propia estructura, y el artífice neto de sus peculiares adelantos.

Una extensión territorial y geográfica de 13.370 kilómetros cuadrados ha correspondido al Departamento de Caldas en la distribución de Colombia. Una ley de 1905 le concedió la más alta de las categorías administrativas, con el propósito de que pudiera desenvolverse con libertad en la sociedad de los colombianos. El ser Departamento permite a una región determinada del país adquirir ventajas para la vida colectiva; pero es obvio que si los habitantes o el medio no corresponden a la categoría que ordena la legislación, entonces el título queda en el vacío y se mantienen en suspenso las intenciones generosas y los propósitos desinteresados y buenos. Decimos esto porque el Departamento de Caldas, desde el punto mismo en que obtuvo su erección, ha multiplicado con ánimo entusiasta sus labores para que sea cada vez más justificado su nombre.

El Departamento de Caldas se encuentra limitado por las tierras de Antioquia, Chocó, Valle, Tolima, Cundinamarca y Boyacá. La mayor extensión de tales fronteras se advierte en los Departamentos de Antioquia y Tolima. Pero, por todas partes, y en sucesión no interrumpida jamás, el Departamento de Caldas está rodeado de cimas foscas, de abismos rotundos, de cavidades peligrosas, de eminencias rugosas y ásperas, de arroyuelos atormentados por las anfractuosidades de los cauces difíciles. La montaña caldense fue un grande obstáculo para la permanencia tranquila del hombre, por lo cual este poblador rebelde e inquieto determinó vencerla a golpes de hacha y de paciencia.

Colonizadores procedentes de Antioquia, en su mayor parte, acudieron a las regiones que hoy pertenecen al Departamento de Caldas, con el objeto y propósito de fundar estancias y colmar haciendas caracterizadas por el trabajo fiero y duro de todos los días. Tales colonizadores abandonaron —desde el principio— el sentido del apego a las comodidades de la ciudad, y de este modo se impusieron, en cierta medida, la obligación estrecha de reducirse a sus sembrados y a sus trojes, con olvido y menosprecio de lo que no tuviese que ver con la vida campesina y rural. Quienes fijaron su modestísima tienda de campaña en mitad del monte amenazador y desprovisto, previamente dijeron adiós a los lugares de donde procedían, ricos o pobres, carentes de comodidades familiares o colmados de promesas amables.

Sitios en donde hasta hace cien años pareció inútil o extraña la presencia del hombre, sustentan hoy poblaciones risueñas y alegres, caseríos diligentes, ciudades opulentas y ricas en todo género de bienes. Lugares que a comienzos de la centuria actual hubieran resultado propicios apenas para

el mantenimiento cotidiano de animales sufridos, fueron convertidos por la mano de los caldenses en centros de industria abundante, en focos de comercio potente. Lo que era montaña cerrada fue trocado en granja feliz, lo que resultó apto apenas para dominio de los árboles de la selva fue convertido en alquería bulliciosa, simplemente por el querer de los hombres que invocaron para su esfuerzo la bendición de Dios.

La carta geográfica del Departamento de Caldas nos hace distinguir al momento, entre muchísimas poblaciones de calidad, los nombres de las más adelantadas y favorecidas. Manizales, Riosucio, Salamina, Chinchiná, Santa Rosa de Cabal, Anserma, Pereira, Calarcá y Armenia, afirman su participación activa en la hechura del Departamento de Caldas y ratifican a toda hora su voluntad de servir a la causa de los intereses comunes. Suponiendo que solamente las ciudades citadas fuesen el haber del territorio caldense, podríamos decir que con ellas sería bastante para asegurar el progreso de aquellos lugares del centro geográfico de Colombia.

Pero, no solamente Manizales y Salamina, Riosucio y Pereira, Calarcá y Armenia, Anserma y Santa Rosa de Cabal, proclaman con la muchedumbre de sus edificios comerciales y domésticos o con la cuantía de sus puentes, caminos y carreteras, la fuerza de quienes hicieron la prosperidad del Departamento de Caldas y siguen viendo por ella. También otras muchas poblaciones han logrado señalarse en el conjunto de tan afanosa parte del país.

Aguadas, Arma y Pácora, Marmato, Supía y Pensilvania son lugares cuyo bienestar es visible para todo el que viaje en desarrollo de un plan ordenado de conocimiento de Colombia. Especialmente Aguadas marcha con paso firme hacia la riqueza ambicionada. Si continuamos hacia el centro del Departamento de Caldas nos pondremos en contacto con Aránzazu y Marulanda, Marquetalia y Manzanares, Risaralda y Neira, lugares agrícolas y ganaderos, cada vez más notorios a pesar de las adversidades del ambiente en muchos sitios y lugares. En las márgenes del Magdalena tiene el Departamento de Caldas un puerto diligente y laborioso: La Dorada.

Belalcázar, Palestina y Marsella; Ulloa, Filandia y Circasia; Salento, Quimbaya y Montenegro, son nombres que nos sirven a maravilla para señalar poblaciones menores hasta el momento, pero nada inciertas en cuanto a las cualidades avanzadas del tiempo futuro. En Caldas no ha sido preciso decretar fundaciones de ciudades: a medida que los pobladores crecen y se extienden, toman posesión de tierras mejores, radican con más veras su planta firme, y siembran caseríos que el día de mañana serán ciudades grandes y poderosas. No de otra manera fueron hechas las ciudades excelentes de Manizales y Armenia, Riosucio y Salamina, Pereira y Santa Rosa de Cabal, a

quienes ya nos hemos referido en estas apuntes geográficas sobre el Departamento de Caldas.

Los habitantes de Caldas tienen un alto sentido del valor de la tierra que es objeto de trabajo y fatiga. No han esperado nunca de la casualidad los bienes que sólo pueden originarse en la faena.

De las circunstancias caldenses en cuanto a la altura sobre el nivel marino y con relación a la temperatura, nos dan idea suficiente los breves datos que siguen:

La Dorada, puerto principal sobre el Magdalena, se halla a 195 metros, con una temperatura de 33 grados.

Manizales, capital del Departamento, se levanta a 2.153 metros y registra una temperatura de 17 grados.

Armenia, ciudad de grande importancia comercial y sede episcopal reciente, se encuentra colocada a 1.551 metros y tiene una temperatura de 20 grados.

Los Departamentos de Caldas, Antioquia, Tolima, Valle y Cundinamarca, son productores importantes de café. Suma importancia tiene por dicho aspecto la actividad caldense, urgida en cuanto al cultivo, y valiosa en lo tocante a la riqueza que le produce.

No es preciso insistir en el significado del café dentro de la economía colombiana. Los recursos monetarios del país se hallan un tanto condicionados a ese producto. Desde luego, pues hablamos del Departamento de Caldas, es importante observar que son muy considerables los caudales derivados del café nacido en dicho territorio y desde él exportado a los grandes centros de distribución y de consumo.

El café ocupó desde años distantes del nuestro a numerosos campesinos cuya faena fue pagada ampliamente por los compradores. Hubo necesidad de recurrir a nuevas tierras para extender el radio de cultivo, y entonces la montaña cedió el lugar a las estancias prósperas. De cafetal a cafetal se hicieron necesarios caminos, y en este caso la mano caldense los trazó con vehemencia. De una a otra ciudad se multiplicaron las carreteras, puesto que la industria las exigió en términos imperiosos. Y entonces numerosos elementos de progreso hicieron su aparición en el Departamento de Caldas (hasta en las menores poblaciones), para satisfacción de los más diestros y premio de los

más afortunados y firmes.

Datos provisionales del censo de población verificado en Colombia el 9 de mayo de 1951 señalaron al Departamento de Caldas una cifra de 1'141.641 habitantes. Como la cifra comparativa, correspondiente al año de 1938, fue de 769.968 habitantes, es claro un aumento de 371.673. Tales pobladores, esparcidos en las cordilleras central y occidental, que cruzan el territorio caldense de sur a norte, han sido autores de la prosperidad de regiones ásperas y difíciles. Esto hace mayormente notable su esfuerzo cotidiano.

Tres hoyas hidrográficas favorecen la vida en el Departamento de Caldas: la del Cauca, la del San Juan, y la del Magdalena. Apegados a las corrientes fluviales, muchos pobladores han visto aumentar su hacienda y crecer su fortuna, no representada solamente por el café espléndido sino también por el maíz, el tabaco, los frijoles, el cacao, el azúcar y el arroz.

El aprovechamiento de las varias alturas en las cordilleras central y occidental han facilitado el desarrollo caldense, desde el punto de vista de la agricultura. Los productos de los climas templado y cálido alimentan a los hijos de la región, sin deficiencia alguna. Por otra parte, teniendo en cuenta los pobladores de las tierras más altas la posibilidad de cultivar la papa, han extendido a ese riquísimo factor su entusiasmo y faena.

Pues no podemos detenernos en apreciar ahora la cuantía de los cultivos de la papa, el cacao, el tabaco, el arroz, los frijoles y el maíz, consignemos de modo generalísimo el dato relativo al café. Más de ciento veinte mil hectáreas están ocupadas por algo así como ciento quince millones de cafetos. Cerca de dos millones de sacos de café resumen la fatiga y laboriosidad caldense cada año, en esta última época de la vida del país.

Las industrias de transformación tienen gran significado para los pobladores del Departamento de Caldas. Algunos datos, autorizados por la respetabilidad de la Dirección Nacional de Estadística, servirán para comprender claramente este aspecto de su geografía.

Molinos y trilladoras, en número de 49, representan un capital de cerca de 9 millones de pesos y una producción de cerca de 120 millones. Tres establecimientos activísimos, de chocolatería y confitería, con capital de 13 millones, producen cerca de 42 millones de pesos. Doce establecimientos de producción de bebidas no alcohólicas, representan un capital de cerca de 6 millones de pesos, con producción proporcionada. En 170 fábricas destinadas a la producción diaria

de prendas de vestir se hallan ocupadas más de 1.500 personas especializadas, y se ven invertidos 4 millones de pesos, que producen más de 8 millones. Siete establecimientos destinados a la curtiembre, el teñido y el apresto de pieles, representan un capital de más de un millón de pesos, y un producto superior a dos millones. Jabones y ceras ocupan 21 talleres de mayor y menor entidad, significan una inversión de millón y medio de pesos, y una producción superior a 4 millones. Otros grupos industriales (relativos a las más variadas ocupaciones y empresas significan para el segundo semestre de 1953, un capital de 27 millones de pesos, con un producido de más de 55 millones.

Habremos de ver, con el detenimiento posible, algunas informaciones relativas a diversos aspectos económicos del Departamento de Caldas, para tener ideas más fundadas aún acerca de sus posibilidades y recursos de todo género. Lo expuesto hasta aquí es un panorama igualmente satisfactorio para el pasado y el porvenir de aquella sección del país.

La presencia de la cordillera central en territorio del Departamento de Caldas tiene mucha significación para sus habitantes, por circunstancias múltiples. Singularmente, la región del Quindío dificultó en grande proporción el tránsito común, a causa de su naturaleza física.

La cordillera del Quindío es la más elevada del país y ofrece diversas cimas nevadas. Por la violencia de sus abismos mantiene aún la fama tremenda que la hizo conocer en los siglos pasados y aún a principios de la centuria en que nosotros vivimos. Sus cualidades geológicas, escasamente estudiadas hasta el momento, requieren atención suma y detenida. Los pobladores de Cundinamarca y del Tolima, al buscar paso hacia el occidente y el sur de Colombia, tuvieron necesidad de hacerlo por las tierras del Quindío, no obstante la rudeza de las trochas salvajes, el peligro de las alturas fatigosas y la ausencia de recursos para la subsistencia.

Ya fuese que los caucanos se dirigiesen en busca de la cordillera oriental colombiana, o que los pobladores de ella buscaran las tierras fértiles del Valle del Cauca o de Nariño, es lo cierto que para todos fue indispensable vencer la fragosidad del Quindío, colmada de silencio y agobiada de soledad. Viajeros recios en el espíritu fueron sus dominadores en los tiempos de la conquista española y de la primera colonización colombiana, pues no de cualquiera manera fue posible atreverse a escalar las rudas pendientes, a vencer los peñascos helados por la racha de los ventisqueros, y a descender —con riesgo de la vida— por desfiladeros increíbles.

En las conversaciones colombianas de los tiempos coloniales y republicanos, hasta hace pocos lustros, era nombrado el Quindío como algo igualmente misterioso y terrible. Los viajeros

necesitaban de largos días para pasar de uno a otro caserío miserable, o de una a otra aldea incipiente y atormentada. Las cabalgaduras escogidas para las jornadas siempre eran objeto de selección y de cuidado. Fuerza, serenidad y resistencia eran esenciales para los caballeros y para las caballerías, puesto que si alguna de tales condiciones faltaba bien podrían perecer en el tránsito dificultoso y grave.

La cordillera central de Colombia no pudo ser habitada en los tiempos anteriores a la conquista por poblaciones apacibles de indígenas. Ocuparon los hombres precolombinos algunas laderas y ciertos lugares planos, aunque aquellas y éstos no fuesen muy a propósito para el mantenimiento de una vida fácil y sosegada. No resulta empresa libre de dificultades la de reconstruir la distribución de los grupos humanos en las tierras denominadas del Quindío, pues faltan datos ciertos y detalles precisos.

Los nombres aborígenes de *quimbayas* y *pijaos* se mezclan a todo momento en la historia del Quindío, y corresponden a tribus fieras, indómitas, ajenas a toda conversación con los españoles pujantes y conquistadores; rebeldes al rey de España, jamás dejaron de batirse contra él, aunque viesen cómo eran de temibles las armas de fuego o de espantables los caballos peninsulares. Durante los siglos XVI y XVII se hizo legendaria la lucha entre los hijos de Castilla y los de esta parte del país granadino. Hicieron alarde magnífico de su valentía los unos y los otros, cosa honrosa para ambos, porque representa la potencialidad de los sentimientos y la magnitud de las ideas.

Quimbayas y pijaos defendieron bravamente sus breñas para impedir el paso de los conquistadores por ellas. No se hicieron a un lado para ver su tránsito de un lado a otro de la cordillera central. Si los indígenas hubiesen sido menos agresivos hubieran podido darse cuenta de que los españoles no pretendían aposentarse en ciertos lugares de su dominio secular, sino solamente pasar de una a otra comarca. Los ataques a todo viandante hicieron temible el Quindío a muchos peninsulares innominados y a muchos granadinos propios de la época republicana menos cercana a nosotros.

Ciertos nombres geográficos hablan por sí mismos acerca de las poblaciones primitivas de estas tierras del país. Quimbaya y Pijao son poblaciones menores del actual Departamento de Caldas, cuya geografía nos ocupa. Otras denominaciones permiten evocar a geógrafos e historiadores el pasado de tales lugares de Colombia. Los vocablos con que distinguimos hoy a Armenia, Circasia, Montenegro, Salento y Filandia son apenas elementos de identificación que damos a sitios en donde la presencia de los colonizadores caldenses del siglo pasado se hizo sentir con mayor fortaleza.

Quimbayas y pijaos fueron riquísimos en joyas de oro, destinadas unas veces a propósitos religiosos, otras a fines de majestad política. Su habilidad fue increíble, y apenas puede admitirse que gentes cuyas cualidades de cultura general fueron tan breves pudieran ejecutar labores de orfebrería tan maravillosas. Los buscadores de sepulturas indígenas, llamados gUAQUEROS, pusieron a la vista de los colombianos las prodigiosas e inimitables joyas de pueblos tan ásperos y rudos.

Como la ciencia colombiana no conoce las relaciones existentes entre los varios núcleos humanos radicados en el país antes de su descubrimiento, carecemos de los recursos de información necesarios para precisar el porqué de la habilidad de pijaos y quimbayas con relación al oro. Pero, de todos modos, conviene insistir en el hecho siguiente: el territorio del Quindío propiamente dicho, así como numerosos sitios circundantes, fueron sede de un arte exquisito, notable dentro de los más avanzados de la América precolombina.

La gente colombiana apenas conoció el Quindío como lugar de penetración, no como célula fecunda de progreso ciudadano, en los decenios finales del siglo XIX. Durante la primera mitad del siglo veinte nosotros hemos visto la creación de ciudades, precisamente en las comarcas en donde nuestros abuelos vieron tan solo la sombra densa de las montañas. A golpes de hacha los pobladores del Departamento de Caldas dominaron la maleza, derribaron los recios árboles, destruyeron la vieja fisonomía vegetal de dicho territorio, y dieron cabida a las grandes plantaciones de café que distinguen de modo tan neto la economía de la comarca.

La gUAQUERÍA del Quindío constituyó una de las ocupaciones preferentes de los caldenses a quienes la importancia del oro antiguo distrajo de otras faenas. Los gUAQUEROS o buscadores de sepulturas indígenas se contaron por centenares, a fines del siglo pasado y durante varios lustros del actual. Joyas de oro hemos conocido todos nosotros en el Museo especial del Banco de la República, iguales a las más finas de otros pueblos del mundo clásico, y superiores en algunos casos a tales vestigios de la antigüedad ilustre.

Los gUAQUEROS fueron al propio tiempo descubridores y colonizadores de ciertos lugares del Departamento de Caldas. Ellos se hicieron conocedores minuciosos de los puntos escogidos por los aborígenes para fijar sus sepulturas, y —mediante ese conocimiento— habitaron regiones montañosas profundas. La riqueza arqueológica del Departamento de Caldas padeció grave detrimento con motivo de la indiscriminada explotación de los sepulcros, cuando hubiera sido fácil obtener entonces para la ciencia colombiana informaciones rigurosas y comprobadas. En buena hora, desde luego, una de nuestras más prestigiosas instituciones bancarias recogió algunas

reliquias de la orfebrería caldense primitiva y las conserva con renovada atención.

El doctor James J. Parsons, autor del libro llamado *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, dice a propósito de los hallazgos sepulcrales:

"... La prueba arqueológica de la ocupación aborígen ha sido limitada a los extensos cementerios; y, sin embargo, la gran densidad de población que indican los entierros y los antiguos campos en zonas tales como el Quindío, muestran evidentemente una estructura social avanzada. A pesar del saqueo persistente de las tumbas por los habitantes locales, la arqueología de la región de Antioquia-Caldas es escasamente conocida, y puede decirse que no ha sido objeto de un estudio científico.

"Entre los aborígenes del Nuevo Mundo, los del occidente de Colombia sobresalieron especialmente por sus trabajos en oro y por el gran desarrollo del rasgo de cultura de apreciar el oro. Sus técnicas metalúrgicas incluían la fundición, el vaciado, el dorado, la soldadura y la práctica de aleaciones de oro y cobre (tumbaga, machimba), con las que fabricaban herramientas del más delicado filo cortante. Gran parte del oro era forjado en láminas delgadas y decorado con dibujos repujados. Eran comunes los moldes o figurines huecos; cetros, vasos, tazas, narigueras, petos y otros objetos de uso personal. Todos los objetos de oro colombiano que hoy poseemos han sido sacados de los sepulcros de los jefes, pues los presentes y tributos coleccionados durante su vida era costumbre enterrarlos con ellos. Gran parte de lo mejor de este arte se ha perdido por la rapacidad de generaciones de robadores de sepulcros... Fueron las leyendas del Dabeiba, Cui-cuy, Panzenú y Arbilas que atrajeron a los primeros españoles al interior del territorio antioqueño. El perfecto modelo de la conquista y primera posesión se basaba en el ansia de robo de tanta cantidad de oro, como fuese posible a los caciques o a sus sepulcros", continúa diciendo el investigador Parsons, traducido por el doctor Emilio Robledo.

"Más de dos siglos después, fue de nuevo el lucro lo que impulsó la ola de la colonización antioqueña al sur y al oeste, hacia el occidente de Antioquia y Caldas, al Tolima y al Valle. Por muchos años, casi todos los habitantes del Quindío participaron activamente en negocios de guaquería o saqueo de los sepulcros indígenas. Todavía hoy es un factor real en la expansión de la colonización antioqueña al sur, a lo largo de los flancos de la cordillera occidental en el Valle del Cauca.

"En agosto de 1946 los hallazgos hechos cerca a Restrepo (Calima), por gUAQUEROS antioqueños,

fueron divulgados por los periódicos, según los cuales habían producido millón y medio de pesos (850.000 dólares). Una sola sepultura contenía catorce libras de oro.

“En las tierras templadas de Antioquia y Caldas prácticamente no había ninguna eminencia importante que no contuviese sepulturas. Algunas de ellas fueron cementerios con centenares de sepulcros. En el Quindío las más famosas fueron el Pueblo de la Muerte, Soledad y Montenegro, todas situadas en la isoterma de 20 grados centígrados (689 Fahrenheit), la región térmica de población más densa aquí. En la cima de una colina detrás del cementerio católico de Montenegro hay señales de más de mil excavaciones abandonadas por los gUAQUEROS, después que saquearon el terreno por el oro, hace más de cincuenta años. El tipo más común de sepulcro consiste en un *cajón* profundo y en una *bóveda* lateral, o cámara interna, pero hay muchas variaciones. En el Quindío y en el valle del alto río Calima, cerca de Restrepo, algunas de estas sepulturas de bajo nivel se han encontrado a 25 metros debajo de la superficie. La mayor profundidad puede explicarse por una sobrecarga reciente de ceniza volcánica en el Quindío; pero esta circunstancia no se presenta al sur de Restrepo.

“Otra prueba que llama la atención acerca de la existencia de una numerosa población en los tiempos primitivos, son los extensos alomares o caballones de los antiguos campos indígenas (*surcos de indios*), que encontraron los modernos colonizadores antioqueños en los guaduales del Quindío. Cieza de León da clara noticia de ellos cuando escribe que «todos los densos cañaverales parecen haber sido poblados en otro tiempo, y cultivados». Los notables caminos con pisos de troncos que parecen haber cubierto virtualmente todo el Quindío entre 1.400 y 2.000 metros, se supone en la localidad que fueron antiguos campos de maíz...

“De acuerdo con primitivos colonos, virtualmente toda la tierra que no está convertida en caminos da muestras claras de haber sido cultivada previamente por los indígenas. Esto, junto con el inmenso número de sepulturas descubiertas en el Quindío, ha llevado a varios observadores residentes en la región, a creer que la población —en los tiempos de los naturales— debió haber sido mayor que lo es hoy, con ser el área agrícola más densamente poblada de la moderna Colombia”.

En el territorio conocido con el nombre de Departamento de Caldas ocupa la ciudad de Manizales el primero de los lugares dentro de la importancia administrativa y política.

Ganando a la selva contemporánea de los conquistadores un sitio estrecho y arduo, nacieron las

ciudades colombianas de hace cuatrocientos años. Disputando bravamente a la montaña adusta el espacio indispensable para subsistir, vino Manizales a la vida en el año de 1848, si damos ese nombre al caserío tan incipiente como pobre.

Proviene las fundaciones colombianas, en su mayor parte, de la época señalada por la presencia de la autoridad monárquica española. Manizales quedó incorporada al tesoro geográfico del país bajo los auspicios del escudo de la República.

Un estruendo guerrero de proporciones vastas acompañó a los fundadores peninsulares de las mayores poblaciones colombianas, en el momento de ser creadas. Un grave silencio rodeo, más bien, a los colonizadores que hace un siglo se detuvieron en mitad de los montes para dar comienzo a la fundación de Manizales.

El fenómeno biológico de la expansión produjo esta célula nueva del organismo colombiano, colmada de vitalidad y plena de fuerzas latentes y activas. Buscando tierra buena para el mantenimiento de la prole, determinaron domiciliarse al abrigo de árboles protectores y de peñascos rudos, los hombres esforzados en quienes Manizales reconoce a sus padres.

Antes de que las primeras casas de tapia y teja española pusiesen un toque de colorido y mansedumbre en mitad de las breñas, el verdor húmedo de los sembrados incipientes alegró el corazón de los fundadores de la ciudad. Estos no se vieron jamás armados de todas armas en presencia de enemigos fieros, ni sintieron el peligro de la aventura en regiones extrañas a la patria nativa. Pero necesitaron vencer a la naturaleza fosca, hacer suyo el paisaje indiferente y mudo, apoderarse de lo apetecible, poseído hasta entonces por la manigua, convertirse en señores de la soledad dilatada y en reyes de la espesura sin lindes ni fronteras. Tales colonos llevaban como único hierro el hacha, y como único escudo el espíritu.

Los nombres de los fundadores de Manizales han sido conservados con veneración por la ciudad. Antonio María Arango y José Pablo Arias, Joaquín Arango y Silverio Buitrago, Victoriano Arango y Antonio Ceballos, Pedro Arango y José María Correa, José Joaquín Echeverri y Esteban Escobar, Nicolás Echeverri y Manuel Grisales, Alejandro Echeverri y Vicente Gil, Vicente Giraldo y Benito Rodríguez, Juan Antonio Gómez y Antonio Quintero, José María Pavas y Marcelino Palacio fueron los artífices de la urbe recóndita a quien saludó Colombia hace muy poco, en sus fiestas centenarias.

En las páginas trazadas recientemente por el minucioso escritor Otto Morales Benítez acerca de Manizales, dijo en lo tocante al significado de la fundación: "... En Manizales lo que predominó fue un deseo económico, con espíritu libertador. Los labriegos se agruparon en torno de un nombre, *comunidad*, que ya le da contenido ampliamente significativo al fenómeno. El interés estaba en adquirir un buen terreno, con su ojo de agua, con su cielo y su viento, libres, donde pudiese fructificar serenamente el amor detrás de los retoños de familia". Y más adelante: "Un factor económico agrario predominó. Era ya un concepto seguro, que advertía que no se podía confiar sino en el trabajo...". Así explica el escritor mencionado algunas circunstancias pertenecientes a la fundación de Manizales.

Discurriendo a propósito del pasado de Colombia digamos que en los días anteriores de manera inmediata al descubrimiento de América, la presencia de los españoles en tierras de Indias significó el deseo imperial de Castilla de extender a ellas la esencia de su esencia. La Corona consideró natural! sino trasladar a latitudes desconocidas por ella misma los altos elementos de su cultura. Cuando escribió capitulaciones con sus vasallos, acerca de fundación de ciudades, puso a tales contratos el sello de su esfuerzo y de su esperanza.

La erección de la ciudad de Manizales no arranca de las horas distantes y brumosas del Nuevo Mundo. No proviene de años remotísimos. No tiene que ver con los intereses expansivos de una grande nación, descubridora y civilizadora. Se origina, ciertamente, en el impulso magnánimo de los hijos de la República colombiana, en el afán creador de quienes saben de la siembra y de la cosecha; de quienes cantan, durante la faena, canciones campesinas.

Un siglo es bien poco en la vida de una ciudad. Pero ese siglo resume las fatigas de varias generaciones, los desvelos de hombres innumerables. En ese siglo se encuentran contenidos el amanecer codiciado, la ración pobre de cada día, el cuidado nimio ante la semilla frágil, el desaliento de las grandes esperas, el atardecer melancólico, la sombra misteriosa de la noche montañera, siempre fecunda en acechanzas. La transformación del caserío de 1851 en la ciudad de 1951 fue, ciertamente, acelerada. Con posterioridad al establecimiento del servicio de correos, en el año de 1852, Manizales celebró la apertura de la primera Notaría, once años después. La presencia de tribunales acordes con la importancia del poblado se registró en 1864, es decir, en días agitados para la organización del país.

A los 20 años de edad Manizales tuvo oficina telegráfica, lo cual expresa claramente la importancia obtenida en tan breve lapso, y la cuantía de los recursos privados y públicos.

La capilla inicial, bajo cuya escueta y breve techumbre los fundadores elevaron sus preces a la Majestad invisible, subsistió largo espacio. No faltaron donativos al primer cura de almas, tan colonizador como sus feligreses, ni estímulos de carácter moral adecuados a las circunstancias elementalísimas. Cuando las vibraciones de la primera campana llamaron a la misa dominical a los tenaces luchadores, entonces presencié la montaña fiera y abrupta una escena idéntica a la que fue diario pan de los creadores de la cultura cristiana entre nosotros. El 15 de febrero de 1851 empezó en Manizales la vida parroquial.

En 1902 la autoridad pontificia estimó justo y conveniente elevar a la categoría de Diócesis el territorio espiritual de Manizales. Tanto había prosperado la fe entre los pobladores del actual Departamento de Caldas, y tanta importancia habían alcanzado las obras de ella, que fue preciso al Papa dotarla de elementos superiores, concordantes con su estructura, su calidad y sus promesas. Después de otros insignes varones de piedad, un docto repúblico llamado Monseñor Luis Concha Córdoba ocupó la silla episcopal de Manizales.

En las páginas de la *Geografía General de Colombia*, publicada en 1883 por don Felipe Pérez, apareció Manizales con una población de 10.563 habitantes, en tanto que Neira —su vecina—, contaba con 5.884, y Salamina con 7.792. El simple hecho de que Manizales haya aparecido en el reciente censo de 1951 con una población superior a 94.000 personas, es suficientemente claro en cuanto a demostrar las profundas raíces que posee, y el influjo que ejerce en aquella riquísima región de Colombia.

La concurrencia de numerosos factores ha hecho de Manizales una de las urbes esenciales de Colombia. El apego de los pobladores a su tierra constituye, más que una cualidad patria, una virtud moral. Sin el diálogo del hombre con la tierra, ésta permanece indiferente u hostil. Pero cuando la conversación de ambos se hace viva y vehemente, entonces los valores físicos crecen en proporción idéntica a los valores espirituales y la tierra multiplica el esforzado trajinar del señor y del rústico.

No serían suficientes los títulos de Manizales a la consideración nacional si careciese de letrados y poetas, de jurisconsultos y hombres de pensamiento vasto. Excelentes prosistas han nutrido desde Manizales las antologías colombianas, así como vigorosos poetas han hecho oír sus cantos emocionados y melancólicos, sin cuidarse de los afanes circundantes ni del bullicio creciente. Una discreta y admirada poetisa, doña Blanca Isaza de Jaramillo Mesa, ha llevado al altar de Manizales su más preciada ofrenda literaria.

No sólo Manizales. Colombia entera festejó el primer centenario del nacimiento de la capital del Departamento de Caldas. Fue bien escogido el patrono. Porque el sabio Francisco José de Caldas atendió por igual a las cosas de la naturaleza perceptible, y a las muy excelsas que pertenecen al ámbito de lo trascendente y supremo.

Al comenzar la segunda centuria de su vida, Manizales posee cualidades de primera importancia. Numerosa población se esfuerza todos los días por hacerla mayor y más amable, al dotarla de residencias privadas suficientes y de edificios adecuados a su categoría civil y política. Los descendientes de los sencillos fundadores han edificado casas colmadas de comodidades y de lujo. Y las autoridades han auspiciado la erección de edificios respetables y recios.

Llama singularmente la atención, a este propósito, el desenvolvimiento de Manizales con posterioridad al incendio ocurrido el 3 de julio de 1925.

Tal incendio hizo época y tuvo un significado insólito para los habitantes de la capital del Departamento de Caldas.

Bienes de toda clase, cuyo valor resumía la actividad de dos generaciones, fueron devorados por las llamas en tristes horas de ansiedad y de horror. En las primeras horas de la noche del 3 de julio de 1925 estalló el incendio memorable, que se alimentó inicialmente con materias inflamables depositadas en uno de los más valiosos almacenes de drogas de la ciudad. Otras habitaciones y otras casas padecieron en breve el asalto del fuego, y muy pronto ardieron manzanas enteras, en términos increíbles y aterradores. Las multitudes nada pudieron hacer eficaz en cuanto a extinguir el incendio, puesto que los recursos adecuados fueron inferiores a la magnitud del desastre.

Aquella noche se vieron actos de heroísmo que los ciudadanos no han olvidado, porque todos los pobladores quisieron emular en destreza y valentía. Las mujeres compitieron en riqueza de ánimo para salvar los elementos esenciales de sus hogares, así como para proteger la vida de tiernos niños a quienes amenazó muchas veces la muerte. Las llamas azotaron sin descanso los muros de muchas casas que habían contribuido a darle a la ciudad de Manizales la grave fisonomía que la distinguió por espacio de setenta y cinco años, y no respetaron ni los lugares de trabajo ni los templos de Dios.

Millares de hijos de Manizales lloraron la desaparición de los elementos de vida y subsistencia adquiridos por ellos y por sus padres a través de muchos decenios de labor incesante y sufrida.

Unos lamentaron la ruina de sus industrias pequeñas, otros la pérdida de sus economías y medios de trabajo. Felizmente la fraternidad de los manizalitas, de los caldenses y de los colombianos permitió a los innumerables damnificados del 3 de julio de 1925 respirar aires de algún sosiego, y de esperanza.

La presteza del fuego fue grande a causa del frágil elemento de que estaban hechas casi todas las casas de Manizales hasta entonces. La madera constituyó en aquellas horas de espanto el combustible anhelado por el furor de la tragedia. Los bosques seculares del territorio caldense habían favorecido la edificación de la ciudad de Manizales, pero ellos mismos señalaron con grave sentencia a las víctimas de la grande catástrofe.

Hubo muchos días de dolor con motivo de ella. Pero sin vacilar los manizalitas emprendieron de nuevo la faena, con el mismo ánimo de los lustros anteriores. Esta vez los planos fueron estudiados con más detenimiento, los materiales de construcción fueron escogidos con más cuidado, las características del futuro fueron mayormente atendidas. La Nación colombiana se hizo presente, una vez más, y la ciudad nueva de Manizales empezó a surgir de sus propias cenizas.

No importó, esta segunda vez, la topografía de la ciudad. Tampoco a los fundadores preocupó gran cosa el lomo o cuchilla de los montes destinados a cimentar a Manizales. Las arrugas de los cerros, las dificultades naturales del suelo quebrado, todo cuanto significaba contradicción fue vencido. Una Catedral estupenda reemplazó al antiguo templo principal de Manizales, y centenares de casas fuertes y bien aderezadas para la vida y el trabajo surgieron en el término de cortos meses y de breves años.

Manizales luchó en 1925 contra el incendio asolador, con el mismo espíritu vigilante con que había soportado los temblores de 1875 y 1878. El contrafuerte de la Cordillera Central en donde fue edificada la ciudad capital del Departamento de Caldas es imagen del vigor de sus pobladores y señal visible de la fuerza espiritual de éstos.

*(Concluirá).*

